

P. Giaccardo y Hno. Borello: un único sacerdocio

por P. Gabriel A. Rendón Medina

Encontrándonos en vísperas de celebrar el primer centenario de la ordenación del beato Timoteo Giaccardo, primer sacerdote paolino, y en sintonía con el año vocacional paulino, estamos solicitados a reavivar el don que Dios ha otorgado a toda la Familia Paulina, es decir, a reflexionar sobre el sentido presbiteral como parte de nuestra misión.

El P. Alberione, desde el comienzo de la Sociedad de San Pablo, decidió fundar una congregación religiosa clerical. Entre los motivos por los que lo quiso así está el aspecto jurídico, pues en tal forma podía dar a su obra autonomía, ya que contando con el sacramento del Orden pasaba a formar parte de la jerarquía habilitada para la predicación, un privilegio del que gozan las congregaciones clericales. Pero, no obstante, dentro del Instituto la clericalidad no establece diferencia entre quienes tienen la vocación sacerdotal y quienes tienen la de Discípulo. Al expresar esta idea, el P. Alberione habló de un casi sacerdocio para los Discípulos.

Él entendió el sacramento del Orden con una connotación particular en la obra de evangelización. Mientras los sacerdotes en general están caracterizados por la dedicación a la predicación oral, los paulinos sacerdotes lo estarían por la predicación escrita: escribir –venía a afirmar el P. Alberione– es la verdadera misión del paulino presbítero, quien, encarnando a Jesús Maestro, “sigue de veras a Dios escritor y editor”.¹ Tal misión, empero, no la realiza solo, sino que puede darse solo en la complementariedad con el Discípulo. El paulino sacerdote sin el paulino discípulo sería un simple escritor, y el paulino discípulo sin el paulino sacerdote quedaría en simple técnico, en mero empleado.

Sacramento del Orden y consagración religiosa son dos características de la Sociedad de San Pablo. El beato Alberione no dejó una doctrina sistemática acerca del paulino sacerdote y tampoco sobre la relación entre el sacramento del Orden y la vida consagrada. Pero en la herencia alberoniana hay una línea coherente que evidencia las peculiaridades del ministerio ordenado entre los paulinos.

El carisma del P. Alberione nació para responder a una necesidad concreta del tiempo. Su intuición presbiteral entraña un modo particular de vivir la caridad pastoral dentro de la Iglesia. El presbítero de la Familia Paulina reviste una coloración característica de tipo paterno e materno que se tiñe a la luz de Jesús Maestro, irradiación de Verdad, único Camino y única Vida. La condición de *altrice* (nutricia) de la Sociedad de San Pablo no va en el sentido de organización sino de relación, como afirma I. Iglesias:

Antropológica y teológicamente la relación es un problema de conversión al otro. Es posicionarse frente al otro, en modo de apertura y donación entendida como vaciamiento de sí, y de donación como acogida de parte del otro. Es equivalente a la

¹ RSp 82; RSP 102.

conversión del hombre a Dios, que presupone la de Dios al hombre. Es el único modo para hacer que la vida, en la cual el Espíritu obra en todos y para todos, llegue efectivamente a todos.²

Para alcanzar esta relación tanto antropológica como teológica, la misión del presbítero paulino halla un modelo de vida para su función nutricia (*altrice*) en el lavatorio de los pies, pues en este ejemplo y mandato de Jesús se crea una nueva comunidad de iguales, una comunidad de servicio. El P. Alberione hizo mucho hincapié en este pasaje evangélico. Por ello, como afirma Ch. Bernard: “Los *hermanos* (discípulos) y las hermanas (religiosas) no son simples fuerzas de apoyo, sino colaboradores de los sacerdotes”.³ En este modo de ser familia, la identidad presbiteral de la Sociedad de San Pablo no puede limitarse a quienes pertenecen a esta Congregación y han recibido el sacramento del Orden, sino que se abre igualmente a los miembros del Instituto Jesús Sacerdote, quienes, desde su condición clerical secular, colaboran, de un modo u otro, a la función de nutricia (*altrice*) en la Familia Paulina, como luz irradiante de verdad, porque entrambas partes, presbíteros y consagrados, participan en el mismo carisma, según afirma F. Ciardi:

El carisma es el factor en torno al cual se da la unidad entre todos los miembros de la comunidad, presbíteros y hermanos religiosos, porque todos están al servicio del mismo proyecto. La presencia, en la Iglesia, de un presbítero tan estrechamente ligado a un particular carisma comunitario, confirma cuán radicada está en ella la vida consagrada, hasta el punto que no habría Iglesia sin la multiforme expresión de la consagración. [...] Más allá de que un Instituto sea de naturaleza “clerical” o “laical”, para utilizar la distinción establecida por el *Código de Derecho Canónico*, y más allá de la preeminencia del elemento ministerial o del de la consagración, es decir de que todos sus miembros o la mayor parte de ellos sean presbíteros o laicos, los Institutos coaligados por la dimensión carismática, son fruto y expresión de un determinado carisma.⁴

El beato Giaccardo, además de ser un protector en el paraíso, es un modelo digno de imitar por los presbíteros paulinos, porque supo hallar en las enseñanzas del P. Alberione y en las Constituciones la voluntad de Dios, el espíritu del Maestro que es el espíritu de la “casa”, o sea de la Congregación. Él vivió un ministerio como el del divino Maestro, en la voluntad de Dios hecha vida entre los hombres. “Quiero vivir la vida de Jesucristo en el ministerio de sus hermosas cualidades y virtudes personales humanas”. Supo asumir las renunciaciones a deseos y defectos personales para nutrirse del carisma paulino. El presbítero paulino, reavivando el don de Dios, debe apropiarse las palabras del P. Giaccardo: “despojarme de mí, poner solo en Dios la confianza para posesionarme del espíritu de la Casa”.⁵

² IGLESIAS, “Los presbíteros diocesanos...”, cit., 508.

³ BERNARD, *El Dios de los místicos...*, cit., 272.

⁴ CIARDI, F., “El ministerio presbiteral a servicio del Carisma. Profundización y comentario a la experiencia carismática en la Iglesia”, en: *SeChr* XXXV (2009/2), 235.

⁵ GIACCARDO, *Diario...*, cit., 221.

Al presbítero paulino, por una razón jurídica, le corresponde la misión de ejercer el servicio de la autoridad, aspecto que también el beato Giaccardo presenta como una huella a seguir:

La sensatez suave y fuerte del gobierno me lleva a esta consideración: los sacerdotes como hermanos de fatiga con quienes compartir paciencia y mérito; los clérigos y los novicios como hijos de caridad a quienes nutrir con la piedad y el estudio y el alimento, sosteniéndoles con la disciplina; los jóvenes como sujetos de opción a quienes iluminar y fortalecer y animar en su vida; los discípulos como hijos de caridad más afectuosa, robusta y misericordiosa; las religiosas como devotas colaboradoras a quienes asistir y guiar *cum omni pietate, gratitudine, castitate*. “Vice” en la *mens* del Primer Maestro, “Superior” en la propia personalidad. Combatir los defectos. Oh Maestro divino, para estar contigo en el misterio del gobierno interior de las almas y en tu espíritu, necesito ser muy sincero, recibir tu guía directa, abundantísima, continuar adhiriéndome al Primer Maestro. No ser dominador en Casa, sino forma de cada uno y del conjunto; forma que alimenta y lleva a obrar la virtud y corrige los defectos.⁶

La misión del beato Giaccardo sigue siendo la misión del presbítero paulino: asumir y transmitir la doctrina del P. Alberione; ser fidelísimos entre los fieles para guiar debidamente la Familia Paulina en el carisma recibido.

Tanto el beato Giaccardo como el venerable Andrea Borello han dejado a la Familia Paulina un estilo concreto de vivir el sacerdocio de Jesús: el de quien hace la voluntad de Dios, propagando el Evangelio ofreciéndose uno mismo. El P. Giaccardo rindió su vida por la raíz y linfa de la Familia Paulina: las Pías Discípulas del Divin Maestro, rescatando en ellas el árbol entero. El Hno. Borello ofreció su vida por las vocaciones complementarias del presbítero paulino: los Discípulos del Divino Maestro, y con ellos rescata la identidad sacerdotal paulina. Ambos fueron ofrenda agradable al Padre en 1948, quedando constituidos en testimonios de la unidad carismática a servicio de toda la Familia Paulina y de la Iglesia, en el cometido de continuar en el mundo de hoy la predicación iniciada por Jesús Maestro Camino, Verdad y Vida.

⁶ GIACCARDI, T., “De los escritos del Siervo D. T. Giaccardo”, en: CENTRO ANIMADOR DE ESPIRITUALIDAD - PÍAS DISCÍPULAS DEL DIVINO MAESTRO, *Divin Maestro*, 24, mayo-junio 1985.